



GUÍA DEL TRABAJADOR

BOLETÍN DEL
ATENEO OBRERO DE MAHÓN

CIENCIAS .. LITERATURA .. ARTES

Año III. • N.º 20 • Agosto 1912 • 10 cts.

Orientaciones

de la Cultura

EL pasado, ese fantasma que agita sus descarnados brazos entre las sombras del olvido, se columbra vagamente delineado en nuestra fantasía, como las sinuosidades de las montañas enturbiadas por añilosas neblinas, o como la confusa silueta de fascinador paisaje contemplado al atardecer desde la emocionante ventanilla de un ferrocarrilero.

Es algo indeterminado que impresiona la imaginación y se disipa luego a manera de albo copo de nieve herido por los rayos solares; algo lejano que se recuerda cual evocación de quiméricas visiones, que desaparecen pronto consumidas por el propio fuego de su vertiginoso proteísmo.

El *laudator temporis acti*, entonado por

Sthendal, Hugo y Erckman-Chatrian, rodó por los abismos hasta sepultarse en las entrañas de lo insondable, quedando tan sólo inciertas reminiscencias de lo que fué, de lo que la Historia conserva, con mayor o menor exactitud en sus anales y crónicas, o el espíritu rezuma en sus añoranzas por imperativo de la realidad.

El señor Canalejas, al decir en la Academia de Jurisprudencia en discurso pronunciado acerca de «La obra social» el 28 de marzo de 1905, que *ninguno de los pasados tiempos fué mejor que el que alcanzamos*, consagró al presente un altar, sobre cuya ara santa depositó el fruto de su poderoso intelecto, no olvidando este espléndido alborear que ha sucedido a la tenebrosa noche: el triunfo de las nuevas corrientes sociológicas, doctrinales y prácticas sobre el empirismo y la ignorancia, en una palabra, la apoteosis de la libertad sobre las negruras de la esclavitud.

Porque, hay que desengañarse; si hubo un tiempo en que se rendía culto al altivo magnate que deslumbrada a las muchedum-

bres con sus riquezas y lujosas preseas, sus sombríos alcázares y locos devaneos; en que se idealizaban los claustros de las Catedrales, sus severas y tumidas bóvedas, sus misteriosas crujías y sus carcomidos ábsides, morada de seres sobrenaturales; en que se grababa el pensamiento, a modo de invocación, con alicatados signos y enrevesados caracteres; en que se creía, como artículo de fe, en el aquelarre, en la heteromanía y en taumaturgias y adivinaciones supersticiosas; en que se consideraba la vida como un medio para escalar el cielo, sin otra finalidad, aquí abajo, que el sufrimiento humilde y paciente de los más impuesto por el tiránico yugo y despotismo de los menos; en que se sancionaban como castigos la marca infamante y el potro cruel, que tundía desapiadado los músculos del culpable, acaso del inocente, no pareciendo sino que aquellas fanáticas sociedades sublimaban con los labios la doctrina de *Christo* y concentraban en su corazón todo el odio de los infiernos ..; eso pasó ya. por fortuna, para no resurgir jamás, como flores marchitas y yertas por el helador frío de los siglos.

Hoy nuestra generación, templada en el purísimo ambiente del progreso y la cultura, ha entrado por nuevas sendas, por el camino de las grandes justicias y rehabilitaciones.

Pero el pasado refleja aún en nuestras costumbres, en nuestra modalidad, sus tenues languideces, personificando un vivir y un pensar opuestos a aquellas beneficiosas y lógicas orientaciones; porque todavía influyen y pesan en la constitución orgánica y psicológica de los pueblos y de los hombres, desgraciadamente, preocupaciones y creencias refractarias al espíritu educador y que son remembranzas y sedimentos de otros tiempos y edades que formaron las conciencias de muchas generaciones, para venir hoy a envolver, entre su enmohecido engranaje, a seres débiles o fatalmente desgraciados, no dispuestos, por lo mismo, a recibir la vivificante savia.

* * *

El obrero, importantísimo elemento social, se manifiesta en esa evolución por su propia personalidad, la que, merced a la conquista de derechos que antes le eran negados, entra en el concierto de las Naciones civilizadas, afirmando esa capacidad y suficiencia y demostrando que es fuerza viva

per se, de la que no se puede prescindir sin graves peligros.

Empero esta preponderancia le obliga a educarse e instruirse, por la razón de que es pobre y no puede contar con su bolsillo para vivir, sino con sus brazos o su inteligencia en forma adecuada al trabajo que preste.

En su cultura, radica su emancipación, porque es la única base sobre que ha de labrar su porvenir, o mejor dicho, porque es la única esperanza que le queda, ya que nuestro tradicional y pujante poderío, como emporio de riqueza y bienestar social, desapareció para siempre con nuestra supremacía allende los mares.

Como orientación jurídica de este siglo, debería tratar ahora, en líneas generales por supuesto, del llamado *problema social*, que no es obra exclusiva de la política, como algunos quieren, sino más bien obra de humanidad, porque en ella se trata sólo de hacer posible el derecho a la vida de una clase numerosa; pero daría excesivas proporciones a este artículo; bastará a mi objeto con que diga que esa evolución del derecho que predijeron con maravillosa intuición Rossi y Renán, va escindiendo el campo de los Códigos civiles y buceando con fortuna por los arcaicos sistemas y teorías que preconizan aquéllos en punto a la materia, merced a reacciones favorables que se operan a impulsos de la naciente y vigorosa obra social, que hace su aparición en la palestra de la vida, purgada de injustos prejuicios y redimida de funestas heterodoxias, por lo cual vemos transformarse en Leyes de los Estados, los programas mínimos del socialismo novísimo, porque no atacan ya los dogmas de las escuelas conservadoras como antes, ni tratan de establecer aquellas radicales innovaciones que en labios de los colectivistas de anteriores etapas hubieran aterrorizado a las conciencias menos escrupulosas; por tanto, el problema no ha de ser solucionado como resultante de pugilatos entre el capitalismo burgués y el proletariado: se ha de resolver por la unión de esos elementos que parecen antagónicos, y sin embargo no lo son si se encauzan y dirigen con prudente tacto, porque modalidades puras sin relación ni dependencia unas de otras, no existen, ni en la constitución funcional de aquellas entidades, ni en la de los Gobiernos, según Costa.

Por lo que hace determinadamente a nuestro país, puedo citar la *Ley sobre acciden-*

tes del trabajo, como orientación jurídica de gran relieve en la obra social. Indicaré a grandes rasgos su génesis.

Poco ha, como es notorio, cerníanse negros nubarrones sobre los horizontes de nuestra desgraciada patria, debido al desarrollo que iba adquiriendo el partido obrero socialista, desarrollo que, sin llegar a los límites de verdadera gravedad que alcanzara en Alemania, y que restó energías a su prepotente espíritu militar, no por eso dejó de ejercer su influencia sobre nuestro país, no diré que a impulsos del miedo, cual afirma Bassano Gabba en su opúsculo *Treinta años de legislación social*, por ser incierto, pero sí a virtud de perentorios apremios que nuestros gobernantes no podían desatender; y éstos, claro es, se percataron al fin de la necesidad, expresivamente significada por la masa obrera, de entrar por la senda que otras Naciones más afortunadas habían trazado, rindiendo así justo homenaje a la aludida evolución jurídica, que, como consecuencia de nacientes teorías, debidamente orientadas, se opera en todos los órdenes de la actividad humana, a méritos del progreso de las costumbres, el cual irradia sus vívidos resplandores sobre nuestro derecho tradicional y consuetudinario.

La función tutorial política del Estado debía aparecer, por tanto, allí donde la entidad colectiva evidenciaba su malestar; tenía que aplicar el remedio allí donde se manifestaba la llaga (1).

Y se sancionó la Ley de 30 de enero de 1900, inspirada en la teoría del riesgo profesional, llamada de *Accidentes del Trabajo*. Al señor Dato, hombre de vasta cultura y de no escaso caudal de arrestos, cupo la gloria de dar ese primer paso, el más peligroso por ende, en la redentora obra de la emancipación del trabajo, ligado hasta entonces a vetustas teorías y arcaicos procedimientos.

Supuesta, pues, la necesidad imperiosa en que se encuentra la clase obrera de educarse e instruirse, siguiendo los derroteros iniciados por la evolución jurídico-social moderna, para llegar a ser una masa fuerte, respetable y disciplinada con conciencia de sus derechos y deberes, ninguna institución mejor que sus Ateneos para el cumplimiento de esos importantes fines; a los que hay que

(1) El deprimente servilismo, en que yacía en general el proletariado, fué descrito de mano maestra por Tolstói en su novela *Resurrección*.

proteger con entusiasmo al objeto de que su vida orgánica sea lo más próspera posible y pueda esparcir entre sus asociados la bendita semilla de la enseñanza para que los frutos sean ópimos, pero cuidando, sobre todo, de no apartarlo de su peculiar y sacrosanta misión.

Antonio Bergali.

Mahón 2 julio de 1912.

El Ateneo Obrero en el IV Aniversario

El lunch de la tarde

FIESTA cariñosísima, fraternal, esplendente en su sencillez, fué la del *lunch* celebrado el 14 de julio próximo pasado por la tarde, que principió con un breve saludo del señor Presidente a la concurrencia — un centenar de personas, — entre la cual brillaba como nota simpática el elemento femenino, representado por buen número de señoras y señoritas, y el elemento infantil que muy correcto y atento a todo pudo aprender algo de lo que significan estas reuniones familiares del obrero, de las que habrán de recibir mañana los pequeñuelos de hoy la purificadora influencia de sus bellos resultados.

A la derecha e izquierda del señor Presidente sentáronse la señora Directora de la Sección Ateneísta Femenina, doña Esperanza Morro de Riudavets; la señorita Catalina Goñalons Seguí, presidente de la sección citada; don Juan J. Vidal y Mir; don Antonio Roca Várez, presidente de la Sección de Ciencias y Literatura; don Juan B. Pons, secretario del Ateneo; don Francisco Sintés Seguí, vicesecretario; don Luis Tutzó, contador, y don Emilio Sánchez Frías, presidente de la Cooperativa.

Apenas comenzado el acto entraron en el salón los señores Roca de Togores y Bergali, Delegado del Gobierno y Juez de primera Instancia, respectivamente, quienes invitados a la fiesta, amablemente vinieron a honrarla con su concurso. Fueron saludados con una prolongada salva de aplausos. El primero ocupó la presidencia, que le fué ofrecida, sentándose a su derecha el señor Bergali y al otro lado el señor Bals.

El aspecto de la sala, seductor. Multitud

de flores esparcidas por las mesas ofrecían sus aromas...; sus colores frescos y alegres parecían sonreír a la diafanidad del ambiente que nos saturara a todos de sugestiva animación. El alma gigantesca del conjunto vibraba allí, potente y dúctil, con halagadora majestad. ¡Fué la gran tarde!... Horas transcurridas bellamente para dejar un signo de entereza y de bondad y un recuerdo de esperanzas muy risueñas...

De ahí deduciremos la elocuencia de los brindis, respondiendo a la impresión de lo agradable.

Empezó don Juan B. Pons, razonando un hermoso canto a la altruista emancipación de la mujer.

Don Martín Gornés defendió con humanas frases el amor cultural en favor de los niños.

Don Antonio Roca dedicó sendos elogios a los fundadores del Ateneo y a los cooperadores en su labor, otorgándoles el dictado de héroes.

Don Francisco Sintés Seguí manifestó partidario de la educación integral, aconsejando la gimnasia a la mujer como medio indudable para un perfecto desarrollo físico.

Don Jaime Roselló dió las gracias más expresivas al Ateneo y a la comisión organizadora para la erección de un monumento al Doctor Orfila, por la gran actividad que han puesto a contribución en favor del proyecto, reputando acertadísimo el nombramiento de las personas que componen la Comisión Ejecutiva.

Don Pedro Goñalons Seguí abogó por la mejora de que en el Ateneo se complete más la enseñanza, a fin de lograr un desarrollo tal que por su parte venga a contribuir eficazmente a desterrar el analfabetismo, por desgracia aún bastante extenso en Mahón.

Don Antonio Bergali orientó sus bellísimas ideas hacia el desenvolvimiento del obrero bajo la base del Derecho y hacia la preponderancia de la mujer en todos nuestros actos. Alrededor de ello fué entrelazando con facilidad de palabra y en elevadísimos conceptos, una serie de consideraciones muy dignas de la reconocida ilustración de tan distinguido disertante. Terminó dando las gracias al Ateneo por la deferencia de que se le había hecho objeto al invitarle al acto, ofreciéndose de muy buena voluntad para cuanto nos pudiera ser útil y haciendo votos por la prosperidad de este centro de cultura obrero.

Don Francisco Ferrer vino a decir, en inspiradas frases, que el Ateneo Obrero es, hoy por hoy, un libro en el que ya todo Menorca se fija y lee, y aunque todavía existen enemigos que intentan apagar su luz, no debemos desmayar — indicó — sino trabajar con más ardor y fe para que esa luz irradie, si importa, hasta allá en el Continente.

Don Juan Sintés Serra glosó su acendrado amor por cuanto se relaciona con el Ateneo, manifestando sus deseos de que lleguemos triunfantes a la meta de nuestro querido ideal.

Por último, se levantó don José Roca de Togores; dijo que la labor del Ateneo realizada en los cuatro años que cuenta de vida, aun no siendo mucha, puede calificársela de admirable. Dedujo de su existencia la parte que le corresponde en la humanitaria cruzada contra el alcoholismo, y en todo aquello que ha contribuido a que en Mahón muchos obreros sepan hoy leer y escribir. Finalmente nos reiteró su decidido e incondicional apoyo y nos animó a proseguir nuestra obra sin desviarnos del verdadero camino.

De los brindis apuntados, claro está que no hemos hecho más que exteriorizar la esencia, lo más característico, a nuestro entender, de cada uno, ya que hubiese sido tarea improba trasladarlas aquí en toda su forma y con todas sus bellezas, aparte de los apremios que nos impone el reducido espacio disponible en la presente edición del **BOLETÍN**.

Por consiguiente, nos dispensarán los disertantes nuestro laconismo, en gracia a las razones expresadas, y también por haber querido reasumir de paso en estas últimas líneas las galanas frases de encomio que todos sin distinción dirigieran a las señoras y señoritas concurrentes, a la Sección Ateneísta Femenina, a todas las agrupaciones constituidas en este centro obrero y a todo cuanto entre nosotros ha marcado un signo de prosperidad dignificante y culta que tanto honra — nos dijeron — a Menorca.

En los merecidísimos aplausos que escucharon va unida la gratitud de los oyentes; y como decimos más arriba, de aquella tarde, de aquellas horas transcurridas bellamente, guardaremos un recuerdo de esperanzas muy risueñas.

Para final de esta reseña hemos dejado expresamente el tratar de la proposición

leída por nuestro Director, y que fué excelentemente acogida. Dada su importancia, y porque veríamos con satisfacción que la idea cristalizara y se llevara a efecto, vamos a permitirnos el gusto de transcribirla tal y cómo la presentó el iniciador:

«Proposición de ensayo para inaugurar en Mahón la fiesta popular de cultura conocida con el nombre de JUEGOS FLORALES. — Hoy que vemos tan extendida la afición y devoción a los Juegos Florales y anualmente podemos observar la progresión majestuosa que adquieren en un ambiente luminoso de vida y amor que surge de cada región que les presta su concurso, he creído llegada la hora de que Mahón empiece a hacer algo sobre el particular, y a ello va encaminada la idea que voy a apuntar tan sólo a grandes rasgos, ya que detenerme en detalles no lo juzgo del caso en este momento. — Además, todos o casi todos los que me honran escuchándome saben perfectamente lo que son y significan estos certámenes tan educativos como patrióticos y de miras tan elevadas como dignas de los pueblos que saben animarlos y comprenderlos. Ello, pues, excúsame de toda suerte de explicaciones acerca del por qué pretendo o deseo que se inicien aquí. — Y voy a lo mío: Primero; invoco al noble interés de este Ateneo, siempre demostrado por las buenas obras, para que recoja la idea apuntada y se haga solidario de la misma a los efectos consiguientes. — Segundo; que nombre de su seno una comisión encargada de estudiarla y completarla con la mayor amplitud posible. — Tercero; que la Junta directiva, de acuerdo con la comisión expresada, recabe oficialmente del Muy Ilustre Ayuntamiento, por medio de una razonada exposición, su apoyo más eficaz, encareciéndole al propio tiempo que la patrocine en la forma solemne que se requiere, previos los requisitos de rigor. — Cuarto; que los trabajos de organización corran a cargo de una comisión que podría componerse de algunos señores concejales, de algunos socios del Ateneo y de cuantas personas creyérase conveniente en atención a su valioso concurso. — Y para terminar sólo añadiré: que espero serán acogidas con cariño mis indicaciones, y así lograremos ver sentado un precedente que enaltecerá más y más la fama de culta que noblemente ostenta nuestra querida ciudad de Mahón.»

Kaleidoscopio de la vida

El malo

CHIQUITINES los dos y preciosos como dos amores. Chiquitines, pero con ínfulas ya de personas mayores.

Eran primos y parecían hermanos.

— ¿Quién defiende a Juanita? — preguntaba el mayor.

— Juanito — contestaba la chicuela.

— Y ¿quién quiere a Juanito?

— Juanita — replicaba con orgullo el imberbe tenorio.

Cuanto más crecían, más se querían. Los padres veían aumentar el cariño de sus dos hijos, soñaban ya con un porvenir de unión y amor que hiciera de los dos ranchos uno solo, y de la nueva generación un reflejo aumentado de lo que era la de ellos.

La primavera hizo de los retoños dos bellos botones de rosa. El verano entreabrió sus primeras delicadas hojas. Ya había entonces matices de pasión. Palideces en el muchacho, rápidas ráfagas de orgullo, varoniles arremetidas que probaban su temple de raza. En la muchacha, inexplicables timideces, rubores involuntarios, cariños que ya tenían fondo de amor.

Llegó el otoño. Las lluvias anegaban de vez en cuando los campos. El verde desaparecía; vino el amarillo sucio de los árboles que tanto entristece el alma. El sol huía ante las nubes cargadas de agua.

Así huían los colores del rostro de Juanita.

Comenzaron los fríos.

El rosado tinte de la muchacha palidecía a veces. Sus ojos ya no reflejaban vida. Eran como un espejo de tristeza. ¿Qué sucedía? ¿Acaso el principio de algún mal?

Juanito sospechaba alguna cosa. En su imaginación ya briosa, pero todavía infantil, se presentaba un problema ¿Quién hacía sufrir a su Juanita? Buscaba al malo. Lo encontraría, le hablaría al corazón para que dejase tranquila a la nena. Lloraría si era preciso, estaba seguro que le convencería. Pero ¿quién era? preguntaba, y le contestaban con indescifrables respuestas entre las que sospechaba una grande y aterradora desgracia.

Llegó el invierno. Con la primera helada



entró en el rancho un hombre vestido de negro, feo, serio, antipático Juanito le vió.

¿Sería ese el malo?

Vino dos o tres veces, hasta que una mañana grandes gritos estallaron en el cuarto de la nena. Lloraban las mujeres; los hombres caminaban apurados con los ojos enrojecidos. ¿Qué le pasaría a Juanita?

El muchacho se lanzó al cuarto. En la puerta estaba su padre.

— No entres, criatura.

— ¿Y la nena? ¡Yo quiero ver a la nena!

— La nena ha muerto. ¡Ya no está!

Juanito abrió sus grandes ojos asustado.

— ¡Ha muerto!... ¡Ya no está!... ¿Dónde se fué? ¿Quién la llevó?

Lloró con gruesas lágrimas para que le dejasen entrar. El padre le dió la mano y le acompañó al lado de la camita. Allí estaba acostada muy pálida, muy seria...

— Dale un beso.

Juanito miró a la nena; miró a los que la rodeaban. Vió al hombre vestido de negro, y un profundo temor se manifestó en su cara. Un temor acompañado de cólera.

— ¡El malo, papaíto! ¡Ahí está el malo! ¡Es el que se lleva a la nena! ¡No quiero que se la lleve! .. ¡No quiero!...

Y antes que tuviese nadie tiempo a sujetarlo, se desprendió de la mano de su padre, lanzándose sobre el hombre vestido de negro, al que atropelló, intentando pegarle en la cara. El susto venció a la cólera.

Retrocedió bamboleante. Se agarró a las piernas del padre, y en una suprema angustia de terror gritó una vez todavía:

— ¡El malo! papaíto ¡el malo!

Miguel G. Valenzuela.

La nueva edición de la Gramática de la Academia

(CONTINUACIÓN)

(3) Que el nombre inglés *Leicester* (p. 368) estaba mal acentuado para el uso de los españoles, pues el acento debía estar *más bien* en la primera sílaba. En la nueva edición aparece algo mejorada la acentuación; pero, en vista de que los ingleses pronuncian dicho nombre como si estuviera escrito *Léster*, resulta que es una palabra mal escogida, pues, para el caso, hubieran sido preferibles nombres tan conocidos como *Láncaster*, *Mánchester*, *Winchester* u otros.

Han sido aprobadas por la Academia las tres en-

miendas susodichas; pero otras que, a mi humilde juicio, parecen también más o menos atendibles, han sido arrojadas al cesto de papeles rotos, de donde las vuelvo a sacar para someterlas al tribunal del público literario.

(a) Nos dice la Gramática (p. 333): «Por naturaleza, la vocal débil no acentuada, que va delante o detrás de una fuerte, resbala siempre, cae y se funde en ella, quedando poco menos que oscurecida; en tanto que prevalece y prepondera la fuerte, la cual anula completamente a su compañera.»

Y (p. 334): «Es tal la condición de las vocales débiles, que juntándose ambas sin acento, necesariamente hacen diptongo, pero siempre cayéndose y fundiéndose la primera en la segunda, la cual, por virtud de este impulso, adquiere mayor vibración, sonoridad y timbre.»

¿A qué vienen, pues, los acentos en las monosílabas *fuí*, *fué*, *dió* y otros parecidos? Si no se acentuaran, ¿no se pronunciarían, por la regla anterior, precisamente de la misma manera? ¿No es una de las primeras reglas referentes a los acentos que éstos no se debían escribir nunca sino cuando no se hallan en su sitio corriente? Y ¿no es, además, una anomalía que los *monosílabos fuí*, *fué*, *dió* y otros, se acentúen de la misma manera que los *disílabos huí*, *fié* y *rió*? Con toda seguridad, cualquier extranjero, si se guiara únicamente por la acentuación que en los susodichos monosílabos nos impone la Academia, los pronunciaría incorrectamente como disílabos, pues creería naturalmente que, como sucede, por ejemplo, con el adverbio *aún*, el acento estaba puesto para disolver el diptongo. ¿Cómo pronunciará un extranjero la oración siguiente: *oí*, *huí* y *fuí corriendo a casa*? Los españoles pronuncian correctamente dichos monosílabos, no porque estén bien acentuados, sino porque *a pesar del acento*, saben como se han de pronunciar, es decir, *no hacen caso del acento*.

La nueva edición de la Gramática, después de advertirnos (p. 364) que los monosílabos *fuí*, *fué* y *dió* (en que las dos vocales, por supuesto forman diptongo) deben acentuarse, nos dice, a renglón seguido, que el adverbio *aún* precediendo al verbo, no se acentúa *porque en este caso forman diptongo las dos vocales*, pero se ha de acentuar cuando vaya después del verbo, porque entonces se pronuncia como voz aguda bisílaba, *Aun no ha venido*, *No ha venido aún*. ¿No condena la Academia en este párrafo, inconsciente y acertadamente, la acentuación de los verbos *fuí*, *fué* y *dió*, y otros que en el párrafo inmediatamente anterior acababa de aprobar? En un tiempo la Academia acentuaba *pié* (nombre) y *pié* (verbo) de la misma manera, hasta que, por fin, con muy buen acierto, suprimió el acento en el nombre. ¿No debía con igual razón su-

primir el acento en *fui, fué y dió*, y otros monosílabos parecidos? ¿No es el único oficio legítimo del acento gráfico el de marcar fielmente el acento prosódico? Siendo pues la acentuación prosódica de los dos monosílabos *pie* (nombre) y *fué* indiscutiblemente igual, ¿por qué ha de llevar éste el acento gráfico que no lleva aquél? La frase *¿fué él o ella?* que en la nueva edición de la Gramática (p. 344) aparece acentuada de esta manera, debiera, sin duda, acentuarse, *¿Fue él o élla?* pues, en dichas frases, las únicas palabras enfáticas son los pronombres *él y ella*, y no el verbo, que no debía figurar con acento alguno.

(Continuará).

La mujer española

AL pretender escribir algo sobre la mujer de nuestra Patria, han surgido en mi imaginación los múltiples epítetos y frases que en todos los tiempos han lanzado cronistas, poetas, filósofos y demás literatos sobre el alma femenina, no sólo española, sino de otra nación cualquiera.

Unos la han llamado «abismo insondable donde se estrella la investigación del hombre»; otros «misterio inexcrutable»; otros «océano de fondo infinito», y de este modo hase formado en torno del sexo bello, tanto particular como general, un inconmensurable conjunto de escabrosidades, capaz de destruir el más insignificante estudio psíquico-femenino; pues son muchos los que dando crédito a esos epítetos y frases que no son más que exaltaciones del sentimiento en momentos puramente circunstanciales, han creído que el alma de la mujer fuera menos asequible al entendimiento que la cuadratura del círculo o el origen del Cosmos.

Yo, que no creo en más abismos que en los que en realidad existen: yo, que sé que no hay más misterio que el efecto de la ignorancia, respetando laudables excepciones; yo, que sé que lo de *océano de fondo infinito* corresponde a otro orden de materia que a la de la mujer, afirmo sin temor de incurrir en incongruencias, sofismas ni contrariedades, que tanto el estudio del alma femenina, como cualquier otro estudio, ha de estar inspirado en la realidad de la Naturaleza, y he de partir de la causa primordial, buscando los efectos naturales.

Mas, ya que la mujer española ha de entrañar la esencia de este modesto escrito, fijemos sólo en ella nuestra atención.

¿Qué es mujer? Porque no todas las que así se denominan por su estructura y modalidad corpórea,

lo son por su alma; pues el alma es el sér en ellas, y el sér justifica la racionalidad afirmativa.

Nace la mujer, y así en la clase humilde como en la esfera elevada, los gérmenes que, por lo común, suelen infiltrarse en su cerebro, son los gérmenes del prejuicio general, prejuicio de raza; podríamos decir que radicando activamente sobre aquel virginal cerebro, llega a ser una mujer enferma, inconsciente, de febrilidades visionarias. Cuando pasados los períodos de pubertad y adolescencia se interna en la sociedad para mostrarse como diosa ideal del género humano, y apenas comienza a sustentarse del ambiente que la colectividad humana le brinda, sus facultades intelectivas y psíquicas evolucionan hacia el estado permanente en que ha de existir y convivir, y surge en seguida su racionalidad negativa. Y no es así la mujer, no puede serlo, el prisma de la civilización, el trasunto del proceso común de un pueblo.

Sin embargo, hay que convenir en que no son ellas las responsables, sino ellos, los hombres de las edades pretéritas, edad prehistórica, edad media, son los hombres de todos los tiempos, somos nosotros también. Nosotros, que actuamos en el inmenso circo de la vida como gladiadores y hemos empuñado siempre el cetro de todos 'os directorios sociales, somos los verdaderos causantes de que la mujer española, hablo en términos generales, sea la mujer visionaria que, después del hecho histórico del Cristianismo libertándola del estado de *cosa* o esclava, la sociedad con sus progresos no ha cuidado de dignificarla, colocándola a la altura que le corresponde.

Francisco Vidal Aílos

Sargento de Infantería.

Mahón, julio 1912.

Juventud

COMO ella no hay nada igual. Cátedra de optimismos sugestivos que hacen la vida dulce, firme, ágil y reidora, no existen fuerzas humanas que puedan conducirla por determinadas sendas.

Todos amamos la juventud. Todos deseamos que no se aparte nunca de nosotros. Y así olvidar solemos a la vejez — aunque sea ésta soberana — porque la juventud lo es todo en el mundo: la vida, la dicha, la universal caravana que derrama por doquier savia de amor.

¡Oh!, miradla cómo corre juguetona, infantil; miradla cómo ríe, y riendo entona estrofas de grandeza y libertad, y hace sentir las al bajo pueblo para que estallen más de prisa allá arriba, allá donde la severidad de las testas enmohecidas no tira a comprender que la juventud ha de ser loca, desenvuelta;

que se espanta cuando observa que reina rodeada de todas las inmunidades del gran principio generador.

Miradla cómo salta por el jardín de sus dorados sueños, gustando del perfume de hechiceras flores... Miradla y oid esas ternezas que van brotando de sus labios, y sentiréis una alegría grande en lo más hondo de vuestras almas.

Amores y sentimientos inescrutables, pero ansiosos y vibrantes de felicidad, no vayáis a buscarlos sino en la juventud. De la vida sabe todos los secretos, porque en las fuentes mismas de la vida hubo de beber siempre para ir por el mundo cantando, y riendo, y besando. Y siguiendo su marcha, predicando la buena nueva de los vigos sentimentales en leyendas de princesas y poetas y pastores, a la tristeza hácela recobrar la esperanza del gozar más dúctil. No es posible detenerla... Dejad que corra, que luce, que ame con ardor, que cante sin cesar, que bese con ilusión. Juguetona, infantil, ella lleva en sí la savia eterna del más allá. Pasado y Porvenir le pertenecen, y por eso lígalos con las guirnaldas pintorescas de la vida espléndida...

¡Que corra, que luce, que cante, que bese... De cada beso de sus labios brota una flor.

Y el mundo fuera triste sin las flores, que son emblema de belleza y son lenguaje que engalana los más brillantes sentimientos...

P. Roselló.

Información del Ateneo

Para llevar a efecto la erección del monumento al hijo ilustre de Menorca doctor don Mateo Orfila, quedó constituida la Comisión Ejecutiva en la forma siguiente:

Presidentes honorarios: doctor don Federico Llansó, diputado a Cortes por Menorca; don Enrique Deloffre, Cónsul general de Francia, ejerciendo en Mahón el cargo de Agente consular. — Presidente efectivo, el que lo es de este Ateneo don Francisco Bals Pons. — Vicepresidente, doctor don Enrique Alabern, director de la «Gota de leche», de esta ciudad. — Secretario, don Jaime Roselló Orfila, iniciador del proyecto. — Tesorero, el que lo es de este Ateneo, don Luis Tutzó Fuster. — Vocales: don Juan Victory Taltavull, diputado provincial; don Lorenzo Pons Marqués, médico; don Antonio Victory Taltavull, presidente del Ateneo C., L. y A. de esta localidad; don José M.^a Mercadal Pons, abogado; don Francisco Hernández Sanz, cronista interino de este municipio; don Pedro Trémol Carrió, abogado; don Francisco Femenías, arquitecto municipal, y don José Andreu Orfila, médico.

— Por lo avanzado de la presente estación, acordó la Directiva suspender las clases que venía dando la Sección Ateneísta Femenina, habiendo accedido a la solicitud presentada por los alumnos de la clase de Dibujo, para que ésta continuara hasta fin del pasado julio.

— En el mes próximo pasado tuvimos el gusto de recibir la visita del señor Cónsul general inspector de Consulados de Cuba en España, don José C. Vidal Caro.

Agradecemos sinceramente la atención que dicho señor tuvo para con nosotros y le reiteramos nuestro saludo.

— Al objeto de atender a sus asuntos particulares, el Presidente de este Ateneo ha solicitado de la Junta que preside dos meses de licencia, que le fueron otorgados.

— En virtud de besalamano del señor Alcalde de esta ciudad, una comisión de este Ateneo, presidida por el Vicepresidente, fué a unirse a las demás comisiones de la Isla que bajaron al muelle a dispensar entusiasta recibimiento al diputado a Cortes por Menorca doctor Llansó — llegado a esta el 21 del pasado mes — como demostración de simpatía y adhesión a su proyecto de ley sobre descentralización balear recientemente presentado al Congreso.

Más tarde, otra comisión, compuesta del Vicepresidente, Secretario, y Director del BOLETÍN, pasó a cumplimentarle en su domicilio. Agradecido el señor Llansó a nuestra deferencia, prometió atender en lo posible nuestras aspiraciones.

Desde estas columnas le reiteramos nuestro cordial saludo de bienvenida.

— Nuestro compañero de redacción don Pedro Sintés Seguí ha sido premiado con un *accésit* en el certamen literario que ha verificado recientemente el Colegio Salesiano de Ciudadela, por su trabajo titulado «Gente de mar». Según nuestros antecedentes, se trata de una novela corta de costumbres menorquinas.

Felicitamos al distinguido compañero.

— Palma de Mallorca 10 de julio de 1912. — Sr. D. Francisco Bals, Mahón. — Mi distinguido amigo: recibí el nombramiento de vocal de la comisión para levantar un monumento al doctor Orfila, y desde luego acepto gustoso el puesto, en la seguridad de que he de hacer todo lo que de mí dependa, para que sea una realidad la hermosa iniciativa de ustedes. — Suyo afectísimo amigo y S. S. — JOSÉ FELÍU.

— Haciéndose intérprete de la proposición sobre Juegos Florales inserta en otro lugar de este número, la Junta de este Ateneo ha nombrado una comisión compuesta de don Antonio Bergali, don Antonio Roca, don Lorenzo Lafuente y el autor de la proposición, para que la estudie detenidamente y haga las gestiones que sean necesarias para lograr se vea realizada la idea de implantar en Mahón la fiesta popular de los Juegos Florales, fiesta de cultura que en poblaciones de menos importancia que la nuestra la vienen anualmente celebrando ya con bastante lucimiento.

— Hemos recibido un atento oficio del señor Presidente de la Comisión Ejecutiva del monumento al hijo ilustre de Menorca, doctor don Mateo Orfila, en el que solicita, para la propagación de tan feliz cuan patriótica iniciativa, le cedamos las columnas de este BOLETÍN, las que desde luego, y con sumo gusto, ponemos a su disposición.